

MARCEL AYMÉ (1902 - 1968) O EL HUMORISMO EN SERIO

ADOLFO RUIZ DÍAZ

Novelista, cuentista, comediógrafo, Marcel Aymé combina con maestría los ácidos del humorismo y la construcción rigurosa. Mantiene el acierto en el detalle inesperado sin perjudicar la organización clara del conjunto. La alianza de tales virtudes no es frecuente. El humorismo es una virtud puntual, efímera. Como la mariposa lírica brota de un instante feliz y es inútil perseguirlo por otros medios que los dictados por la gracia. Sometido a reglas, el humorismo se empobrece en mecánicas rutinarias que se anulan a sí mismas tan pronto como se advierten sus artificios. Esta condición imprevisible y fragmentaria suele desvirtuar la forma novelesca reduciéndola a una acumulación, sarta o mosaico de situaciones divertidas o de meras cabriolas verbales. Los personajes y la trama, puestos en función de la sonrisa, no alcanzan el vigor narrativo indispensable para mantener en pie la arquitectura de la obra.

Marcel Aymé está a salvo de estas fragilidades. No busca el humorismo como un fin, sino que lo despliega en la riqueza de los ambientes, en la perspicaz fantasía con que nos revela los cuerpos y las almas. Su asidero o punto de partida es la realidad cotidiana. Hasta podría aplicársele el rótulo —¡tan vago!— de realista. Pero su visión rehuye toda trivialidad fotográfica. Hay un mundo de Marcel Aymé, como hay un mundo de Dickens, como hay un mundo de Balzac. Es un mundo complejo que goza de una autonomía estética sin fallas ni arrepentimientos. Lo componen obras de persuasiva realidad y no documentos informativos acerca de una clase social o de una época.

Pero la versión humana que transmiten estas obras descifra admirable y ágilmente lo que de alguna manera nos pasa hoy a todos. Marcel Aymé logra que lo incidental se robustezca en universalidad precisa y sus aparentes costumbrismos son solamente un camino concreto para mostrarnos que la vida es una aventura seria que suele provocar la risa.

El humor de Marcel Aymé, inseparable de la experiencia que elabora, jamás deforma los personajes y las cosas para obtener un efecto. Prefiere que el conjunto narrativo manifieste, sin interpolaciones ni regateos, sus posibilidades sonrientes. La observación, aguda, no desdeña a ratos el trazo grueso de la caricatura y toca los bordes de la farsa. Un sentimiento justo del matiz y la materia preserva de excesos estas efusiones. Ocurre con Marcel Aymé lo que con Daumier. Ambos cultivan la visión burlona y deliberadamente anecdótica. Aceptan la ridiculez humana, no profieren denuncias engoladas ni redactan moralizaciones. Pero no hay que desvirtuar al pintor ni al escritor reduciéndolos a sus obvias apariencias. Un dominio infalible de la calidad sitúa la estampa más pasajera de Daumier en la tradición más noble. Lo mismo Marcel Aymé. La inteligencia de un oficio equilibrado mantiene la dignidad intacta.

La página inicial de *Uranus* ofrece una muestra insoslayable de este humorismo narrativo. M. Archambaud es un buen burgués que, a pesar suyo, aunque con delectación secreta, encubre cuanto mira con las interpretaciones más peligrosas. Cree en el ejercicio austero de los razonamientos, pero los azares del corazón rigen con inexplicable frecuencia sus complicadas decisiones. Su profesión de ingeniero contribuye a agravar estos equívocos. Además, los años de la ocupación alemana y las represalias subsiguientes han sido sobremañera duros para su espíritu educado en la imparcialidad de las cifras, el humanitarismo republicano y la solidez de los buenos principios morales. Ha visto demasiadas suciedades y, aunque incapaz de poner en obra sus doctrinas, se siente inclinado a preconizar un cinismo provechoso.

“Marie-Anne jouait au piano une chanson d’Edith Piaf. Archambaud écoutait avec attention émue, croyant y reconnaître un morceau

de Chopin. Los músicos que tienen un gran genio, se dijo, nos harían creer fácilmente a la existencia del alma y a la de Dios. Él experimentó un sentimiento de viva simpatía por las vocaciones artísticas, en particular por la de su hija Marie-Anne que deseaba ir a París a hacer teatro. ¿Por qué no le habría salido? Ella tenía un bonito rostro rubio y, bien que hubiese fracasado cuatro veces en su baccalauréat, de inteligencia y de gusto. Además, ella tocaba ese trozo de Chopin con una sensibilidad que era seguramente una indicación de un temperamento dramático.

—¿Cómo llamas a esa cosa?

—*El hotel amueblado*. Es una canción de Edith Piaf

Archambaud no se picaba de músico. No obstante, él tuvo una decepción y dudó de la calidad del placer que él venía a experimentar escuchando a Marie-Anne. Lo inefable ¿no podía él pasar de un estado civil? No, decidió él brutalmente. No más lo inefable que lo demás. Lo que cuenta, ahora, no es lo que se siente, sino lo que se piensa o lo que se ama, sino con qué referencias y con qué. Pasando a consideraciones confusas sobre la época, el estado de los espíritus y el suyo en particular, él se sintió convertirse en triste y en malo. Marie-Anne se había puesto a tocar otra canción”¹.

El mundo de Balzac está presidido, aun en sus capas más sórdidas, por la respetabilidad de los usos, por los prestigios de la sangre y del dinero. Las infracciones que se cometen contra las jerarquías no impugnan sus valores. Es el mundo de una burguesía fría y lenta pero sólida. Lleno de faltas y hasta de canalladas, más hipócrita que virtuoso, manejado en su normalidad por motivos impuros y egoístas, el mundo de Balzac sigue creyendo en las mayúsculas. Las justificaciones explícitas que lo apuntalan se fundan en el honor, la laboriosidad honrada, la familia, la patria, el sacrificio. Es un mundo, en resumen, que desconoce la negación sistemática de la pureza. Cultiva el énfasis y actúa para la eternidad. Los personajes calcan sus ademanes en las ampulósidades del teatro y sus palabras modulan fervores épicos. Balzac, hombre esencialmente sano, no renuncia a un último optimismo y a una fuerte vocación ejemplarizante.

¹ Los textos citados son los de “Le livre de Poche”. *Le Chemin des écoliers*, París, 1966 y *Uranus*, 1967. Las ediciones originales de Gallimard aparecieron en 1946 y 1948 respectivamente.

El mundo de Marcel Aymé es la ruina de estas convicciones. Ya no cree en los principios y resulta grotesco apelar a ellos cuando los tiempos los han pulverizado con reiteración rencorosa. Los personajes de Marcel Aymé son zarandeados por la crueldad burlona de las circunstancias. En especial en las novelas de guerra y postguerra, pero no sólo en ellas, los personajes flotan en la bruma cotidiana, sin norte definido y sin un suelo en qué apoyarse. Pero los únicos hábitos disponibles para estos sobrevivientes son herencia del mundo de Balzac. Están tejidos de seguridades burguesas, afincados en las virtudes del buen ciudadano y en las leyes del progreso de los pueblos. Esta incongruencia entre las convicciones moribundas y la realidad que las pulveriza es el origen de la comicidad de tantas de sus actitudes y de la casi ceguera o sonambulismo para una comprensión cabal de lo que pasa y les pasa. Sobre todo, como en el caso de M. Archambaud, cuando se proponen ser prácticos y clarividentes.

Resumiré un pasaje de *Le chemin des écoliers*. M. Michaud es un honesto padre de familia en graves apreturas económicas. Tiene, con un socio, Lolivier, una oficina de administración de propiedades. Los tiempos de la ocupación son malos para quienes persisten en negocios normales. Las convicciones de M. Michaud son puestas a prueba cada desayuno y, a pesar de su índole idealista, el porvenir no le ofrece mayores consuelos. Sus tres hijos —Pierret, Frédéric y Antoine— se han adaptado con soltura a la situación. En especial Antoine que, sin interrumpir su bachillerato, opera hábilmente en el mercado negro. Su maestro en este tráfico es su compañero Pierre Tiercelin, hijo del propietario de un turbio restaurante de lujo que oculta y favorece otras combinaciones más proficuas. Criado en ambientes sucios, Pierre es una suerte de estoico. Acepta la existencia del vicio como una normalidad inapelable, pero no cede a ella. Ha trazado con precisión su vida y lo preocupa el destino de Antoine, a quien atribuye un alma intelectual, delicada.

M. Michaud llega al restaurante con ánimo inquisitivo y poco conciliador. Sospecha cosas poco claras en la conducta de Antoine. Pero sucumbe a las tentaciones. Bastan unas copas, un auditorio al parecer atento a sus discursos y una cabeza cariñosa y perfumada que se le apoya en el hombro. M. Michaud olvida su papel de padre

y sale, con paso algo inseguro, acompañado de la muchacha mercenaria, a quien, con comprensiva indulgencia, juzga sinceramente enamorada. Con sencillez, el padre receloso acaba en adúltero poetizante. El cuarentón M. Michaud se revela mucho más inexperto y vulnerable que el hijo adolescente. La vida, enseña de soslayo Marcel Aymé, no enseña absolutamente nada. Estamos a merced de acontecimientos misteriosos y no vale la pena incurrir en la soberbia de querer gobernarlos.

El final de la aventura es previsible e inquietante. Con una gruesa suma ganada por Antoine en el mercado negro, M. Michaud sana sus finanzas y conquista la prosperidad. La dignidad burguesa reina sin nubes en su hogar y en el de su socio. Serán, en adelante, gente respetable. Lo que importan son los presentes y las cosas no están como para cavilar en los incómodos orígenes de la dicha. Es preferible, mientras se pueda, atribuir la buena racha a una justicia que premia a los buenos. En una nota concisa, Marcel Aymé resume los hechos.

“Michaud et Lolivier sont actuellement à la tête d’une quinzaine de millions chacun. Leurs femmes ont des diamants, des étuis à cigarettes en or, des robes de la rue de la Paix et se voient très souvent, ce qui leur arrivait jadis une fois par an. Les deux associés sont moins généreux avec leurs maitresses. Michaud, qui s’est mis tard à la bonne chère, a vingt de tension et son foie le tourmente. Il a l’illusion d’être encore l’ami des classes laborieuses et d’aspirer à l’avènement de la justice sociale. ‘Je suis un scaphandrier de la fortune, dit-il. Elle ne m’atteint pas.’ Mais l’aversion qu’il a toujours eue pour le communisme ne s’inspire plus des mêmes raisons qu’autrefois. Lolivier se moque de lui. ‘Il t’arrive une aventure insignifiante. Tu étais un bourgeois de gauche et tu es devenu un bourgeois de droite’” (p. 254).

Preciso en la burla, hondo en la sonrisa, Marcel Aymé es demasiado lúcido para ser anárquico o, sencillamente, cínico. Hay, por lo pronto, en su obra una manifiesta ternura por todos los seres. Existir es ya un dolor bastante grande para que lo agravemos con pomposas actitudes inculpatorias. Marcel Aymé no se cree con derechos a tareas de juzgado. No cree que, en última instancia, ningún

hombre los tenga para decidir la honradez o la maldad definitivas de los semejantes. La justicia humana no escapa a las fragilidades de los demás órdenes establecidos. Baste recordar su sátira teatral *La tête des autres*.

Somos pobres seres caídos. Irremediables pobres tipos. Pero hay en el mundo una presencia que nos conforta y rescata. Más allá de las irónicas trampas del destino, está la Gracia. Sólo en ella y por ella caben las esperanzas. Aunque sus efectos desmienten nuestras ideas y convicciones, la alta generosidad trasciende y supera lo que merecemos según estrechas medidas humanas. Cabría insinuar una afinidad histórica entre Marcel Aymé y Camus, por un lado, y también, por otro con Graham Green. El lector puede desarrollar sin mayor fatiga otras aproximaciones: Sartre, Mauriac, Marceau.

Marcel Aymé, como Camus, nos muestra un mundo en sí mismo carente de justificación o sentido. El absurdo preside cada acto y nada más inútil que querer prever cada decisión y sus consecuencias. La única salida está en la opción, pero ésta, en cuanto tal, carece de apoyos evidentes o demostrables. Marcel Aymé, de acuerdo inicialmente con este planteo, rechaza, no obstante, su absolutismo. Encarado en hermética perspectiva humana, el mundo es, no quepa duda, absurdo. Pero hay un fondo en nosotros que se opone a esta abolición de la esperanza, a la proscripción de toda sabiduría. Se trata, por cierto, de una cuestión de fe y no del resultado de un análisis. A Marcel Aymé no se le ocurre proclamar con calor edificante que hay una certeza capaz de corregir las fragilidades versátiles de la condición humana. Opina, sin embargo, que la afirmación negativa tampoco llena las exigencias de una verificación completa. La esperanza que permanece encendida en nosotros por el solo hecho de estar viviendo es un indicio no desdeñable. La esperanza merece que le tomemos como tal y comunica un sentido no expresable a sucesos que en sí mismos no parecen tenerlo. Menos impresionante, menos coherente o compacta que la de Camus, la versión de Marcel Aymé se me ocurre más penetrante o, si se prefiere, secretamente más rica.

Menos nítido es el cotejo con Graham Green. La presión del mal, por lo pronto, es en el novelista inglés más corpórea, más autoritaria.

Pero, a su vez, la gravitación de la Gracia toma una fisonomía más terrena, incomparablemente más accesible. La Gracia en Graham Green tiende a revelarse en la intención de un lenguaje simbólico descifrable. A Graham Green lo preocupan capitalmente los sentidos del pecado y trata de rescatar el valor salvador o positivo de la carne. La cavilosa atención al sexo está ausente de la obra de Marcel Aymé. El sexo le merece una indulgencia divertida, una sencilla mirada a cosas al fin y al cabo naturales. Tomarlo demasiado a lo trágico le parece, hechas las cuentas, una hipocresía pedante. Prefiere la franqueza campesina y aun la indiferencia comercial de los ambientes bajos a los presuntos pudores de la burguesía. Marcel Aymé, en suma, se niega a predicar en la materia. Graham Green, en cambio, asume una misión predicadora y, quizá no del todo tranquilo, introduce artificios alegóricos en sus novelas. El mundo de Graham Green está oprimido por la angustia legal. Hay un código, por oscuro que sea, al cual hay que ajustarse. ¿Mentalidad anglosajona? ¿Sedimentos protestantes? Es posible. Marcel Aymé, aparentemente más festivo, considera una frivolidad postular esta suerte de solemnidades. El desamparo de sus personajes resulta, en consecuencia, más desgarrador, más incondicionado. Pero ello les confiere una solidez de carne y hueso que suele fallar en Graham Green, demasiado dado a inventar tramas capaces de *demostrar* la necesidad de la Gracia en la existencia humana.